

COLLEEN HOOVER

ROMPER EL CÍRCULO

Traducción de Lara Agnelli

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *It Ends with Us*

© 2016, Colleen Hoover

Todos los derechos reservados

Publicado de acuerdo con el editor original, Atria Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2022, Traducción: Lara Agnelli

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2022

ISBN: 978-84-08-25836-0

Primera edición en formato epub en México: junio de 2022

ISBN: 978-607-07-8843-7

Primera edición impresa en México: junio de 2022

ISBN: 978-607-07-8811-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Desde el barandal donde estoy sentada, con un pie a cada lado, miro la caída de doce pisos que me separa de las calles de Boston y no puedo evitar pensar en el suicidio.

No en el mío. Mi vida me gusta lo suficiente como para querer acelerar el final. Estoy pensando en otras personas, en las razones que llevan a alguien a decidir acabar con su vida. Me pregunto si se arrepentirán; si durante los segundos que pasan entre que se sueltan de la cornisa e impactan contra la banqueta, miran hacia el suelo que se acerca a toda velocidad y piensan: «Mierda, la cagué».

Diría que no.

La muerte es algo en lo que pienso seguido, y hoy con más motivo, teniendo en cuenta que acabo de pronunciar —hace apenas doce horas— uno de los discursos fúnebres más épicos que la gente de Plethora, en el estado de Maine, ha presenciado en toda su vida. Bueno, está bien, tal vez *épico* no sea la palabra más adecuada para definirlo, tal vez sería más adecuado llamarlo *desastroso*; supongo que depende de si me lo preguntas a mí o de si se lo preguntas a mi madre.

«Mi madre, que probablemente no volverá a dirigirme la palabra hasta dentro de un año.»

El discurso que pronuncié no va a pasar a la historia, eso está claro. No fue como el que pronunció Brooke Shields en

el funeral de Michael Jackson, o el de la hermana de Steve Jobs, o el hermano de Pat Tillman, pero fue épico igualmente.

Al principio estaba nerviosa. Al fin y al cabo, estamos hablando del funeral del prodigioso Andrew Bloom, el adorado alcalde de mi ciudad —Plethora, Maine—, que era también dueño de la agencia inmobiliaria más importante del municipio. Marido de la adorada Jenny Bloom, la auxiliar docente más venerada de todo Plethora, y padre de Lily Bloom, la chica rara con ese pelo rojo tan poco formal, esa que se enamoró de un indigente para gran vergüenza de su familia.

Esa soy yo, yo soy Lily Bloom y Andrew Bloom era mi padre.

En cuanto acabé de pronunciar el discurso, tomé un avión de vuelta a Boston y me metí en la primera azotea que encontré. Insisto, no tengo intención de suicidarme; no pienso saltar desde la azotea. Pero necesitaba aire fresco y un lugar tranquilo, y es imposible encontrarlo en mi departamento, ya que vivo en un edificio de tres pisos sin azotea y, para empeorar las cosas, mi compañera de departamento se pasa el día cantando.

No se me había ocurrido que haría frío aquí arriba. No es insoportable, pero tampoco es agradable, aunque al menos veo las estrellas. Los padres muertos, las compañeras de departamento exasperantes y los discursos cuestionables no parecen tan terribles cuando el cielo está lo bastante despejado para apreciar la grandiosidad del universo.

Me encanta que el cielo me haga sentir insignificante.

Me gusta esta noche.

Espera, voy a escribirlo otra vez, porque va a ser más preciso si lo escribo en pasado.

Me gustaba esta noche.

Pero, por desgracia para mí, la puerta acaba de abrirse con tanta fuerza que espero ver aparecer a un humano disparado.

La puerta se cierra de un golpe y oigo pasos rápidos. No me molesto en mirar. Sea quien sea, dudo que me vea, porque estoy en un lugar muy discreto, en la barda que sirve de barandal, a la izquierda de la puerta. Entró con tanta prisa que no es culpa mía si piensa que está solo.

Suspiro en silencio, cierro los ojos y apoyo la cabeza en la pared enyesada a mi espalda, maldiciendo al universo por haberme arrebatado mi momento de paz e introspección. Lo menos que podría hacer el universo para compensarme es asegurarse de que la persona que acaba de entrar sea una mujer y no un hombre. Si voy a tener compañía, preferiría que fuera femenina. Soy bastante fuerte y podría defenderme de muchos hombres, pero estoy demasiado cómoda y no me gustaría quedarme a solas con un desconocido en plena noche. Si me sintiera insegura, querría irme, y no me gustaría hacerlo. Como acabo de decir, estoy a gusto aquí.

Finalmente, volteo la cabeza hacia la izquierda y mis ojos se posan en la silueta asomada al muro. Y no, no he tenido suerte, es obvio que es un hombre. Aunque está inclinado, se nota que es alto. Y ancho de hombros, lo que contrasta con la fragilidad que transmite al sujetarse la cabeza entre las manos. Desde donde estoy me cuesta distinguirlo, pero su espalda sube y baja cada vez que inhala hondo y suelta el aire.

Parece estar a punto de sufrir una crisis nerviosa. Me pregunto si debería hablar, o al menos carraspear, para que sepa que estoy aquí, pero mientras sigo dudando, él se da la vuelta y le da una patada a uno de los camastros de terraza que hay a su espalda.

Me encojo al oír rechinar el camastro sobre el suelo de la terraza. Como el tipo no sabe que tiene público, no se conforma con un solo golpe, sino que sigue pateándolo, una y otra vez. Pero el camastro no se rompe; lo único que hace es desplazarse, cada vez más lejos.

«Tiene que estar hecho de polímero para barcos.»

Una vez mi padre chocó con el coche contra una mesa hecha de polímero para embarcaciones y la mesa se rio en su cara. El parachoques se abolló, pero la mesa no sufrió ni un arañazo.

El tipo debe de haberse dado cuenta de que no va a ser capaz de derrotar a un material tan resistente, porque al fin deja de darle patadas al camastro. Se queda quieto, contemplándolo con los puños apretados a los lados. Francamente, me da un poco de envidia. El tipo acaba de descargar su rabia contra un mueble de jardín y se quedó tan tranquilo. Es obvio que tuvo un mal día, igual que yo, pero mientras yo me lo guardo todo dentro hasta que acaba saliendo en forma de respuesta pasivo-agresiva, él ya se libró de todo.

Mi manera favorita de lidiar con la frustración es la jardinería. Antes, cuando me estresaba, salía al jardín y arrancaba todas las malas hierbas que encontraba. Pero desde que me mudé a Boston, hace dos años, no he vuelto a tener jardín. Ni siquiera un patio. Y tampoco malas hierbas.

«Tal vez debería comprarme un camastro de polímero para barcos.»

Me quedo mirando al tipo, preguntándome si piensa moverse en algún momento, pero sigue inmóvil, contemplando el camastro. Al menos ya no aprieta los puños. Tiene las manos apoyadas en las caderas y por primera vez me fijo en que la camisa le queda pequeña a la altura de los bíceps. El resto de la camisa le queda a la medida, pero tiene los brazos enormes. Se toca los bolsillos hasta que encuentra lo que busca y se enciende un porro, me imagino que para acabar de calmarse.

Tengo veintitrés años, he ido a la universidad y he fumado un par de porros. No tengo nada en contra de que este tipo quiera drogarse en privado. Pero esa es la cuestión: que no está solo; lo que pasa es que todavía no lo sabe.

Da una fumada larga y voltea hacia la barda. Me ve mientras suelta el humo. Cuando nuestros ojos se encuentran, se queda quieto. No parece sorprendido, pero tampoco parece alegrarse de verme. Está a unos tres metros de distancia, pero hay bastante luz para poder seguir el rumbo de su mirada. Me examina de arriba abajo, pero no soy capaz de adivinar qué está pensando. Este tipo es de los que no muestran sus cartas. Tiene los ojos entrecerrados y la boca apretada, formando una línea fina, como si fuera una versión masculina de la Mona Lisa.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

Su voz me retumba en el estómago. Mala cosa. Las voces no deben pasar de los oídos, pero, a veces —en mi caso, muy pocas veces—, una voz se cuele más allá y reverbera por todo mi cuerpo. Y él tiene una de esas voces. Profunda, la voz de alguien seguro de sí mismo, y al mismo tiempo suave como la mantequilla.

No le respondo, y él se lleva el porro a los labios y da otra fumada.

—Lily —respondo al fin, y odio la voz que me salió, tan débil que parece improbable que le haya llegado a los oídos. Es imposible que le haya resonado por todo el cuerpo.

Alza la barbilla y ladea la cabeza, señalando en mi dirección.

—¿Podrías bajar de ahí, Lily?

Solo en ese momento me doy cuenta de que está muy tenso, rígido, como si temiera que fuera a caerme de aquí. No voy a caerme. La barda tiene unos treinta centímetros de ancho y estoy más cerca de la azotea que del vacío. Si perdiera el equilibrio, podría agarrarme y, además, tengo el viento a favor.

Bajo la vista un momento antes de devolverle la mirada.

—No, gracias. Aquí estoy bien.

Se da un cuarto de vuelta, como si no pudiera soportar mirarme directamente.

—Por favor, baja de ahí. —Aunque lo pidió por favor, su tono es exigente—. Aquí tienes siete camastros vacíos.

—Más bien seis —lo corrijo, recordándole que estuvo a punto de asesinar a uno de los pobres camastros, pero a él no le parece gracioso. Al ver que no le hago caso, da un par de pasos hacia mí.

—Te separan diez centímetros de la muerte y ya he tenido una ración demasiado grande por hoy. —Me pide que baje con la mano—. Me estás poniendo nervioso; así no hay quien se relaje.

Pongo los ojos en blanco antes de pasar la pierna al otro lado de la barda.

—Por Dios, no; que no se malgaste un porro. —Bajo al suelo de un salto y me limpio las manos en los jeans—. ¿Mejor así? —pregunto, caminando hacia él.

Él suelta el aire, como si lo hubiera estado conteniendo todo ese tiempo. Paso a su lado mientras me dirijo a la zona de la azotea con mejor vista de la ciudad, y no puedo evitar fijarme en lo lindísimo que es.

Aunque llamarlo lindo es un insulto. No es lindo, es belleza en estado puro. Va muy bien arreglado y rezuma dinero por todos los poros. Parece varios años mayor que yo. Se le forman arruguitas en las comisuras de los ojos mientras me sigue con la mirada. Parece tener los labios fruncidos constantemente, pero no es cierto; es su forma natural. Cuando llego a la otra fachada del edificio, la que da a la calle, me apoyo en la barda y contemplo los coches, tratando de que no se me note lo impresionada que estoy. Ya solo por el corte de pelo que lleva se nota que es uno de esos tipos que levantan pasiones, y paso de alimentar su ego. No es que de momento haya hecho nada que me haga pensar que tiene un ego exagerado, pero lleva una camisa Burberry y no es algo que pueda llevar todo el mundo en una situación informal.

Oigo pasos que se acercan por detrás y veo que se apoya en el barandal, a mi lado. Con el rabo del ojo lo veo dar otra fumada al porro. Cuando acaba, me lo ofrece, pero yo lo rechazo. Lo último que necesito es estar pacheca cerca de este tipo; su voz es una droga en sí misma. Quiero volver a oírla, por eso le pregunto:

—Y ¿qué te hizo ese pobre camastro para que te pongas así?

Él me mira. Me mira de verdad. Sus ojos capturan los míos y se queda observándome intensamente, como si pudiera leer todos los secretos que oculto. Nunca había visto unos ojos tan oscuros como los suyos. O tal vez sí; tal vez me parecen más oscuros porque van acompañados de un cuerpo y un rostro intimidantes. No me responde, pero no pienso darme por vencida. Si me obliga a dejar mi refugio en una barda tan cómoda, lo menos que puede hacer es entretenerme respondiendo a mis preguntas entrometidas.

—¿Es por una mujer? —insisto—. ¿Te rompieron el corazón?

Él se ríe con desgana.

—Ojalá mis problemas fueran tan triviales. —Se apoya en la pared y me mira cara a cara—. ¿En qué piso vives? —Se chupa los dedos y pellizca la punta del porro antes de guardárselo en el bolsillo—. No te había visto nunca.

—Es que no vivo aquí. —Señalo hacia mi casa—. ¿Ves ese edificio de seguros?

Entrecierra los ojos hasta que lo localiza.

—Sí.

—Pues yo vivo en el de al lado. Desde aquí no se ve. Es demasiado bajo, solo tiene tres pisos.

Vuelve a acercarse a la barda y se apoya en un codo para seguir mirándome.

—Y si vives allí, ¿qué haces aquí? ¿Tu novio reside en el edificio?

Su pregunta me hace sentir incómoda. Es un intento de sacarme información demasiado obvio y sé que puede hacerlo mejor. Tengo la sensación de que no se ha molestado porque considera que no estoy a su altura.

—Tienen una azotea muy linda —respondo.

Él alza una ceja a la espera de que añada algo más.

—Quería tomar el aire. Necesitaba un lugar donde poder pensar tranquila. Busqué en Google Earth y este es el edificio de viviendas con una azotea decente más cercano que encontré.

Él me dirige una sonrisa.

—Al menos eres práctica. Es una buena cualidad.

«¿Al menos?»

Asiento, porque al menos soy práctica. Y es una buena cualidad.

—¿Por qué necesitabas tomar el aire? —me pregunta.

«Porque hoy enterramos a mi padre; pronuncié un discurso épicamente desastroso y ahora me cuesta respirar.»

Miro al frente y suelto el aire lentamente.

—¿Podríamos estar en silencio un rato?

Él parece aliviado por mi petición. Se apoya en el barandal con un brazo colgando sobre el vacío y la mirada fija en la calle, y permanece así un rato. Yo no dejo de mirarlo. Supongo que él se da cuenta de que lo estoy observando, pero no parece importarle.

—Un tipo se cayó desde aquí el mes pasado —dice.

De buenas a primeras su falta de respeto por mi petición de silencio me habría molestado, pero me deja intrigada.

—¿Fue un accidente?

Él se encoge de hombros.

—No se sabe. Fue al atardecer. Su mujer contó que estaba preparando la cena cuando él le dijo que subía a la azotea a sa-

car una foto de la puesta de sol. Era fotógrafo profesional. Sospechan que se inclinó sobre el barandal para obtener una mejor panorámica y resbaló.

Miro la cornisa y me pregunto cómo es posible que alguien corra el riesgo de caer por accidente, pero entonces recuerdo que hace un momento yo estaba sentada en la barda, con una pierna a cada lado.

—Cuando mi hermana me contó lo que había pasado, en lo único en lo que pude pensar fue en si logró sacar la foto o no. Deseé que la cámara no hubiera caído con él. Sería una pena, ¿no? Caer por culpa de tu amor por la fotografía y no lograr salvar la imagen que te costó la vida.

Su lógica me hace reír, aunque no estoy segura de que sea correcto reírse en esta situación.

—¿Siempre dices todo lo que piensas?

Él se encoge de hombros.

—A la mayoría de la gente no.

Sonríó. Me gusta que no me trate como a la mayoría de la gente, a pesar de que no me conozca de nada.

Apoya la espalda en la barda y se cruza de brazos.

—¿Naciste aquí?

Yo niego con la cabeza.

—No, nací en Maine, pero vine a vivir aquí cuando acabé la universidad.

Arruga la nariz e incluso así está sexy. Quién se iba a imaginar que acabaría el día contemplando a un tipo vestido de Burberry y con un corte de pelo de doscientos dólares haciendo muecas.

—Así que estás en el purgatorio, ¿no? Es una mierda.

—¿A qué te refieres?

Él sonrío de medio lado.

—Los turistas te tratan como si fueras de aquí y los de aquí te tratan como si fueras de fuera.

Me río.

—Caramba, acertaste.

—Yo solo llevo aquí dos meses, así que ni siquiera he entrado en el purgatorio. Me llevas ventaja.

—¿Qué te trajo a Boston?

—La residencia. Y mi hermana, que vive aquí. —Golpea el suelo con el pie y añade—: Justo debajo de nosotros, de hecho. Se casó con un bostoniano experto en tecnología y se compraron el piso completo.

Miro hacia abajo.

—¿El último piso completo?

Él asiente.

—Y el muy cabrón trabaja desde casa. Ni siquiera tiene que quitarse la pijama y gana una millonada.

«Pues sí, vaya cabrón.»

—Y ¿qué tipo de residencia estás haciendo? ¿Eres médico?

Él asiente.

—Neurocirujano. Me queda menos de un año para acabar y ya lo seré oficialmente.

Es elegante, habla bien, es inteligente... y fuma marihuana. Si estuviera haciendo el examen de la selectividad, la pregunta sería cuál de las cuatro cosas no encaja.

—¿Es correcto que los médicos fumen porros?

Él me dirige una sonrisa irónica.

—Probablemente no, pero si no tuviéramos una vía de escape, habría más gente saltando desde los techos, te lo aseguro.

Está apoyado en la barda, mirando al frente, con la barbilla sobre los brazos. Tiene los ojos cerrados y parece estar disfrutando del viento que le da en la cara. Tal como está ahora no resulta tan intimidante.

—¿Te cuento algo que solo sabe la gente de aquí?

—Claro —responde, volviendo a fijarse en mí.

Señalo hacia el este.

—¿Ves ese edificio? ¿El que tiene el techo verde?

Él asiente.

—Detrás hay otro, que da a Melcher Street. Y en la azotea de ese edificio hay una casa, una casa de verdad. Desde la calle no se ve y el edificio es tan alto que mucha gente no sabe que la casa existe.

—¿En serio? —Parece que lo he impresionado.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Lo vi mientras andaba en Google Earth y busqué más información. Al parecer los dueños lograron la licencia de obras en 1982. Debe de ser genial, ¿no crees? ¿Vivir en una casa en lo alto de un rascacielos?

—Tendrías toda la azotea para ti sola.

No lo había pensado. Si fuera mía, podría plantar un jardín ahí arriba. Tendría una válvula de escape.

—¿Quién vive ahí? —me pregunta.

—Nadie lo sabe. Es uno de los grandes misterios de Boston. Él se ríe y me dirige una mirada curiosa.

—¿Cuál es el otro gran misterio de Boston?

—Tu nombre.

Cuando acabo de decirlo, me doy una palmada en la frente. Sonó tan forzado y patético que la única salida que me queda es reírme de mí misma.

Él sonrío.

—Me llamo Ryle. Ryle Kincaid.

Suspiro y me encojo.

—Es un nombre fantástico.

—Y ¿por qué lo dices en ese tono tan triste?

—Porque daría cualquier cosa por tener un buen nombre.

—¿No te gusta Lily?

Ladeando la cabeza, alzo una ceja.

—Es que me apellido Bloom.

Ryle guarda silencio, pero noto que se está aguantando la risa. En inglés, Lily significa «lirio» y Bloom significa «flor». Sin palabras.

—Lo sé. Está muy bien si eres una niña de dos años, pero para una mujer de veintitrés es un nombre espantoso.

—Un nombre es un nombre, tengas la edad que tengas. Los nombres no nos quedan pequeños con la edad, Lily Bloom.

—Pues qué pena. Y lo peor de todo es que me encanta la jardinería. Adoro las flores, las plantas; cultivarlas es mi pasión. Siempre he soñado con poner una florería, pero me da miedo que la gente piense que la abro por aprovecharme de mi nombre, y no porque ser florista sea mi auténtica pasión.

—Podría ser, pero ¿qué más da lo que piensen?

—Ya, supongo que no importa. —En un susurro, añadido—: Lily Bloom's. —Él sonrío con disimulo—. La verdad es que es el nombre perfecto para una florería. Pero es que tengo un posgrado en Administración de Empresas. Sería bajar de nivel profesional, ¿no crees? Estoy trabajando para una de las principales empresas de marketing de Boston.

—Tener tu propia empresa no es bajar de nivel.

Alzo una ceja.

—Siempre que no sea un fiasco.

Él asiente.

—Siempre que no sea un fiasco, efectivamente. Y, ya puestos, cuéntame. ¿Cuál es tu apellido, Lily Bloom?

Cuando suelto un gruñido, él me mira interesado.

—¿Peor que el nombre?

Asiento, tapándome la cara con las manos.

—¿Rose?

Niego con la cabeza.

—Peor.

—¿Violet?

—Ojalá. —Hago una mueca y murmuro—: Blossom.

Ryle, que sabe que esa palabra se refiere al capullo de la flor que empieza a abrirse, guarda unos segundos de compasivo silencio antes de murmurar:

—Carajo.

—Pues sí. Blossom es el apellido de soltera de mi madre. Mis padres pensaron que era cosa del destino que sus apellidos fueran sinónimos. Por eso, cuando nací yo, me pusieron un nombre de flor.

—Tus padres deben de ser unos auténticos idiotas —bromea.

Uno de ellos lo es.

«Lo era.»

—Mi padre murió esta semana.

Él me mira de reojo.

—Buen intento; casi me lo creo.

—Lo digo en serio. Por eso vine aquí. Necesitaba llorar y desahogarme.

Él me sigue mirando sin acabar de creerlo, hasta que se asegura de que no lo estoy engañando. No se disculpa por la metedura de pata. En vez de eso, entrecierra un poco más los ojos, como si estuviera francamente intrigado.

—¿Estaban muy unidos?

«Qué difícil es responder a eso.»

Apoyo la barbilla en los brazos y bajo la vista hacia la calle.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Como hija, lo quería; pero, como ser humano, lo odiaba.

Me observa unos momentos en silencio antes de comentar:

—Me gusta tu sinceridad.

«Le gusta mi sinceridad.»